

El mentidero de la Villa de Madrid

Nº 681 – viernes 30 de septiembre de 2022

Un ministerio para la pederastia, o los niños de Irene

Emilio Álvarez Frías

Esta chica, Irene Montero, ha puesto la directa y va lanzada pasándose de la velocidad autorizada para la implantación de la LGBT y derivadas. Lo quieren hacer todo en una semana. Debe ser que olfateen que no tienen seguro vayan a perdurar *in aeternum* todas las barbaridades que están pariendo a galope de corcel. Y más si escuchan a Giorgia Meloni, la líder (dicen de la «ultraderecha» cuando se muerden de rabia porque les van pisando los talones a todo cisco) italiana recién elegida para el gobierno de Italia. Al parecer, cuando uno pensaba que su familia, la de Irene, quedaba al margen de los pensamientos ideológicos que la corroen, y solo los alborozos poblaban el chalet de Galapagar, pues no; según algunas fotos que se ven por ahí, en las que ella, Irene, juega o da lecciones a sus nenes, nenas o nanas (¿esta acepción es mía?), o niños, niñas o niñes, sigue su trayectoria y viste a uno de sus queridos nenes con falda de florecitas, quizá para que se vaya acostumbando, no al estilo irlandés, sino al puramente desprendido de las disposiciones que lanza su mamá.

Hoy, disfrutando del solecillo tímido que tenemos estos días por Madrid, me he dado una vuelta por el mentidero de la calle Huertas, relativamente cerca del primitivo que hubo en la calle de León, en el puro centro del Barrio de las Letras, por donde anduvieran en su lozanía nada menos que Cervantes, Lope de Vega y Quevedo, entre otros, pues me habían indicado que probablemente se hablara del tema aludido, y no me lo quería perder.

Efectivamente, no hice nada más que trasponer el umbral del mentidero y pude comprobar que ya estaba con la palabra mi amigo Javier, metido en la política casi desde que nació, al que todo tiempo empleado en este tema de la natalidad, el aborto, la enseñanza le parece poco, no en vano su dedicación como profesor de Instituto.

–Fijaros –decía– que esta simplona mujer, ignorante de primera fila aunque ostente la cartera de un ministerio del actual gobierno, acaba de decir que «todos los niños, las niñas, les niñes de este país tienen derecho a conocer su propio cuerpo, a saber que ningún adulto puede tocar su cuerpo si ellos no quieren y que eso es una forma de violencia», sin duda con una intención aviesa intolerable. ¡Será majadera! Para decir a continuación que «los niños tienen derecho a saber que pueden amar o tener relaciones sexuales con quien les dé la gana. Basadas, eso sí, en el consentimiento. Y eso son derechos que tienen reconocidos y que a ustedes no les gusta», como si fuera un disparo claramente perverso, dirigido directa e insidiosamente a la oposición que, según ella, fomenta en los colegios una educación sexual anacrónica.

–¡Está pirada esta moza! –suelta Bastarreche, un chicarrón del norte que es capaz de partirse la cara con cualquiera que considere negativos sus puntos de vista–. Ella, que anda metida en esos berenjenales, ignora la legislación vigente española que marca que la edad media de consentimiento sexual es a partir de los 16 años. Es decir, adolescentes ya, no niños, ni niñas ni niñes, y ningún adulto puede mantener relaciones con alguien menor de edad, haya o no consentimiento por parte del menor que carece de capacidad responsable para ello.

–En la foto que ha colgado la propia Irene en Instagram queda en evidencia su tendencia al respecto –dice Elvira, maestra de primera enseñanza–, en la que Irene exhibe su lado más personal, el de madre que juega con sus hijos, vestidos con un atuendo cómodo donde el niño hace gala de la ambigua idea de su madre al respecto, pudiendo apreciar cómo sus tres hijos están pendientes de su discurso. ¿Les estaría dando la lección del día de cómo deben comportarse sexualmente?

En resumen, es fácil pensar y decir que las componentes de esta selección de ministras, subsecretarias y demás tropa sindicada, anda un poco desquiciada y, por ende pensamos que es seguro no se les ha ocurrido conjeturar qué hubiera sucedido si sus madres las hubieran abortado, o, estando nacidas, las hubieran metido, antes de cumplir los seis años, en ese berenjenal en el que ellas ahora andan pisoteando de los niños, niñas, o niños. ¿Acaso lo pensaron cuando toparon con el hombre que cayó en sus brazos (¿odioso, despreciable, amante?) que colaboró en la procreación de los hijos con los, ahora, al parecer, no tienen empacho disfrutar? ¿Por qué, antes de todas esas barbaridades que ofrecen a los demás, no dedican un rato a hacer una profunda reflexión y luego nos cuentan qué han conseguido deducir? Si no ahora, pensamos que algún día se darán cuenta de la atrocidad en la que andan metidas.
